

JUEVES CINEMATOGRAFICOS
DE
El Dia Grafico

NÚMERO 345

30 Agosto 1934



Mary Carlisle, la gentil y sugestiva estrella de la Metro-

FILMANDO «DON JUAN», PRIMER FILM EUROPEO DE DOUGLAS FAIRBANKS

¡Gloriosa luz del sol! Nuevo color y nueva vida llegan a Elstree, la "City Film" de Londres, cuando el inimitable y gran artista Douglas Fairbanks principia a trabajar en su primera película europea.

En el centro del Estudio, puede verse el interior de una vieja y magnífica mansión española de puro estilo, con su cómodo mobiliario artísticamente tallado, el cuadro, con su madurez, crea la genuina y apasionada atmósfera del film español. Parece ser un anacronismo cuando de una ojeada se alcanza la fría y extensiva escalera, la cámara, el micrófono y los innumerables hilos eléctricos que los técnicos de "Don Juan" necesitan para los preparativos de la gran escena de esgrima de esta cinta parlante.

Vicente Korda, el realizador del film, pasó varios meses en España estudiando no solamente la arquitectura contemporánea de este país, en el cual se desarrolla la acción, sino para asesorarse del ambiente de la época de Don Juan. Completó no menos de 432 dibujos y planos para esta película antes de construir los escenarios. Estos estuvieron listos cuando fueron dignos de las molestias tomadas en esta hercúlea faena.

Una de las puertas laterales se abrió de repente, y un caballero español saltó sonriendo al centro del hall. Iba escrupulosamente bien trajeado, con magnífico traje azul diseñado para él por Oliver Messel, famoso en el mundo como artista modisto londinense. Pero como el enorme hall estaba más bien frío, Douglas Fairbanks echó sobre sus hombros un fino y moderno jersey inglés.

Una gran formación de lámparas Júpiter montadas sobre las paredes, fueron súbitamente iluminadas. Fué solamente entonces cuando descubrí al modesto Alexander Korda, el famoso director de este interesante film, sentado en un viejo sillón de alto respaldo, estilo español, ajustándose sus lentes y pasando su gran cigarro desde el ángulo derecho de su boca al izquierdo. Pero otra sección de grandes lámparas estaba todavía inactiva. Korda dió una orden breve:

—¡Luces!

Inmensos aparatos de luz diurna artificial fueron sacados afuera. Todas las figuras del Estudio podían verse plenamente. Al lado izquierdo había muchachas en pie; bellezas españolas que en realidad eran inglesas, todas con atractivos vestidos, exactos a la época e incomparables en encanto y belleza, daban un fondo muy pintoresco a Fairbanks. Enfrente de ellas hoy otras muchachas, todas celebridades del cine, concentrando toda su atención en el trabajo de uno de los actores más grandes en el mundo del film. Los nombres de estas actrices, son los siguientes: Benita Hume, la cual en su carrera, tuvo ya un gran éxito en Hollywood. Ella es la "lead-

ingfi-lady" de Fairbanks. La encantadora Jean Gardner, que tiene solamente diecinueve años y es una de las actrices más inteligentes de toda Inglaterra. Sentada en el suelo se halla Elsa Lanchester, alias Mrs. Laughton, la ingeniosa Ana de Cleves, en "La vida privada de Enrique VIII".

Sentado en una silla, enfrente de estas damas jóvenes, está Mr. Clifford Heatherley, quien, como entrenador, es una de las partes más importantes de la película. Es un diestro esgrimidor, y daba instrucciones a Fairbanks y a su joven compañero Hindle Edgar para la escena de esgrima. Ahora, él, tiene a la vista los frutos de su labor.

El francés Perinal, posiblemente uno de los mejores "cameramen" de hoy día en el mundo del cine, "la mano derecha de Korda", arrollándose las mangas de su camisa, conduce a Fairbanks y a Hindle Edgar a sus respectivos sitios. Los dos esgrimidores frente a frente, decretan con ímpetu una de las escenas más emocionantes del film. (Frederick Lonsdale es el autor de este encantador escenario.)

Los brillantes espadones en manos de los dos actores, reflejan millares de puntos luminosos por todo el Estudio. Lo mismo que dos campeonos, ellos desarrollan todos los intrincados movimientos de este espléndido, pero peligroso arte. Durante el curso de esta silenciosa escena, Don Juan pregunta súbitamente:

—¿Es encantadora vuestra esposa?

Hindle Edgar da una respuesta en un "terzetto" añadiendo lentamente:

—Hermosísima.

Relampagueo de los espadones, estocada que es rechazada, otra estocada y en guardia; pocos minutos después, una extraña voz, la de Alexander Korda, se oye:

—¡Corten!

Son apagados los poderosos rayos de todas las lámparas "Júpiter". Alexander Korda se levanta de su sillón y felicita a Fairbanks. La escena ha sido concluida con éxito. Cuando el criado del gran actor pone un jersey alrededor de los hombros de su amo, un hombre aparece en el Estudio con una taza de té, la cual Fairbanks saborea con gran deleite.

Mientras él toma su brebaje, yo tengo la oportunidad de cambiar unas palabras con el gran actor-atleta. Dice que siempre había deseado actuar en Londres y que le gusta mucho su nuevo rol y que le complace ponerse de nuevo a trabajar.

—Estoy encantado de aparecer otra vez ante la cámara después de tan largo intervalo y en un rol que promete ser de los más interesantes que hasta la fecha he desempeñado—dijo.

La taza de té está vacía, Mr. Korda vuelve a sentarse en el viejo sillón español y a encender otro cigarro inmenso. Fairbanks se quita su jersey y Perinal da una orden a los electricistas...

Una nueva escena va a ser impresionada.

M. LORANT

(Traducido del inglés por Carmen Izquierdo.)

LA SERIEDAD DE CHARLES RUGGLES

Charlie Ruggles ha estado identificado con la comedia durante tanto tiempo, que ni aun sus familiares más cercanos lo toman en serio. Por este motivo, el Departamento de Publicidad le pidió relatara a los lectores a qué se debía su falta de seriedad.

El simpático Charlie aseguró que ello era debido a una mala interpretación por parte del mundo entero, puesto que él jamás había conocido ni tratado a hombre más serio que a sí mismo.

Quizá sea el único actor que no ha soñado con representar la figura de «Hamlet» ni, desde luego, ninguna otra que no convenga a mi temperamento. ¿Pueden decir todos lo mismo? No. Soy un hombre de seriedad casi fúnebre. ¿Qué culpa tengo yo de que los demás opinen lo contrario?

Nunca digo frases hechas ni trato de ser gracioso. Mi conversación es tan formal y sensata como la de cualquier otro hombre normal, pero ello no basta para que la gente no

me considere un ser igual a los demás. Para todo el mundo soy Charlie Ruggles, el cómico, y de ahí no hay quien les saque.

Antes, esto me molestaba en extremo, pero ya estoy bastante acostumbrado y ni siquiera sufro cuando algún majadero me asegura que soy «muy gracioso» cuando acabo de hablar con él formalmente.

No se piense por ello que reniego de ser conceptuado como hombre que hace reír, porque si bien es molesto en la vida privada, en la artística me ayuda un poco, ya que de otra forma no sabría ganarme la vida con tanto desahogo como ahora, puesto que fuera de hacer comedias no creo tener aptitudes para ninguna otra cosa.

Como soy en extremo optimista, tengo la esperanza de que a la vejez, cuando ya tenga el cabello blanco, si es que me queda cabello para entonces, mi sobrinito se enorgullecerá de su tío, al que considerará el hombre más honorable y serio del mundo.

TRAS LA PANTALLA EN HOLLYWOOD

Sidney Howard, el actor creador de centenares de caracteres a quien se conoce en Inglaterra por «nuestro Charles Chaplin», acaba de llegar a Hollywood y en breve aparecerá en su primer film norteamericano, titulado «Trasatlantic Merry-go-round», una producción Reliance en la que figuran Nancy Carroll, Gene Raymond, Jack Benny y otras celebridades. La cinta será distribuida por la United Artists.

Aclaremos al instante que Howard, físicamente no se parece en nada al gran Chaplin. Es regordete, de plante jocoso, a la inglesa; sus desarrolladas mandíbulas denotan que es gran amante de succulentos rosbifs y otros platos de resistencia. Encuentra asombroso a Hollywood y está encantado de su trabajo en «Trasatlantic Merry-go-round», porque en ella debutará ante el público americano.

Howard es intensamente popular dondequiera que flota la bandera británica y sus confederadas, debido a las muchas películas inglesas en que ha figurado.

Fué en las tablas londinenses en que Howard recogió primero sus bien ganados laureles, después de muchos años de duro trabajo en los teatros de provincias de su país natal. Abandonando en su mocedad el brillante y seguro porvenir que le prometía el negocio de imprenta de su padre, marchóse a probar fortuna con una compañía teatral de ínfima importancia que daba representaciones en las playas más humildes. De esto hace ya más de veinte años. La guerra interrumpió por un tiempo sus aspiraciones histrionicas, mas después de pasar cuatro años en las fuerzas aéreas de la marina inglesa, volvió con el entusiasmo de siempre a emprender su carrera teatral y al poco era uno de los actores cómicos más aplaudidos del país.

Sus creaciones de caracteres «típicos» son las que le han ganado más delirante aclamación—chófers, policías, damas de sociedad, tenderos y un sin fin más de tipos igualmente destacados en la vida del pueblo—. Fué precisamente encarnando a una dama de la alta sociedad en que Howard pasó uno de los momentos más apurados y llenos de emoción de los muchos que llenan de anécdotas su carrera de gran cómico.

El cuenta ahora la historia con alegre centelleo en sus ojos, pero no oculta el pánico que al principio le causó el incidente. El suceso tuvo lugar en uno de los más famosos teatros de Londres. Cierta noche corrió entre bastidores la noticia de que la reina de Inglaterra estaba entre el auditorio. Naturalmente, la excitación fué general, pero ninguno de los artistas quedó tan perturbado como el propio Howard, quien no paró mientes hasta aquel mismo instante en que el próximo número le tocaba representar era una caracterización cómica nada menos que de la reina. Era demasiado tarde para improvi-

sar otro número, y Howard, valiente al fin, como todo buen actor, salió a la escena.

La reina iba acompañada de su nuera, la princesa de York, y Howard se fijó primero sólo en la más joven de las dos damas. No había duda alguna—sus temores se realizaron—, la duquesa fruncía el entrecejo ante su caracterización; estaba contemplando un delito de poco menos que lesa majestad. El actor veía cómo volvía la cabeza hacia la reina, como si quisiera llamarle la atención a algo.

La duquesa y Howard miraron a la reina en el mismo instante. Inclina-ba su cuerpo hacia adelante. La Insigne dama estaba riendo a carcajadas. Dos mil personas en el teatro compartieron ruidosamente la hilaridad que manifestaba su soberana, y el gracioso cómico, con su cofia y su falda llena de adornos, siguió con la que él considera su más grande actuación teatral.

ARGUMENTO

«LOS CINCO CABALLEROS MALDITOS»

En el transcurso de un viaje de recreo por el Marruecos francés, cinco jóvenes asisten a la peregrinación anual de Moulay-Idriss, la ciudad santa, donde están enterrados los fundadores de Fez. Una mujer velada pasa; su mirada desencadena una catástrofe. Uno de los jóvenes, queriendo descubrir el encanto de lo desconocido, intenta arrancarle el velo que cubre su cara. El castigo a este hecho lo hubiera puesto el puñal de un mendigo que acompaña a la joven, de no haberse interpuesto los amigos. Golpes, gritos; el mendigo cae a tierra apaleado. Pero, por desgracia para los jóvenes, este nombre es hechicero y, con gesto profético y ademán sibilino, maldice a los cinco caballeros, profetizándoles la muerte para antes de que llegue la luna llena.

La misma noche, uno de los jóvenes, haciendo acrobacias en la terraza de un hotel, cae al mar y desaparece. Ocho días más tarde, el segundo, que había regresado a Europa, muere en una catástrofe de aviación. Al día siguiente, de noche, se descubre el cadáver del tercero, entre las ruinas de Volubilis, con un puñal clavado en la espalda. La maldición se va cumpliendo de manera inexorable, quedan dos jóvenes, a quien la muerte de sus compañeros ha atemorizado, sintiéndose impotentes ante la fuerza de lo desconocido.

Nos detenemos aquí, para no descubrir al lector toda la trama de esta formidable película de Filmófono. Duvivier, le inteligente director fran-

La gran duquesa Vronskaia Ivanovna, sufre un síncope de emoción

La noche del estreno en París de la maravillosa película Filmófono «El pequeño rey», en uno de los más aristocráticos salones de la «ville lumineuse», la gran duquesa Vronskaia Ivanovna—que fué dama de honor de la zarina en el Palacio imperial de San Petersburgo, y más tarde camarera y aya del zarevitch en Tsarskieselo—, se desmayó, emocionada, al llegar el film a uno de sus pasajes más intensos.

La Dirección del cinematógrafo se apresuró a atender debidamente a la respetable señora. Ya un poco calmada de la fuerte emoción, el cronista de salones de un importante diario le preguntó a la gran dama el motivo de su desmayo, a lo que la señora contestó:

—En Rusia hemos vivido momentos de gran semejanza a algunos de «El pequeño rey». La visión del atentado y otras escenas han removido en mi corazón recuerdos amargos. Además, Robert Lynen, el actor niño, interpreta de forma tan magistral su papel, y con tal naturalidad, que me ha recordado al pobre zarevitch.

—Sin embargo, señora—arguyó el cronista—, este film no está basado en los acontecimientos acaecidos en Rusia.

—Sí, sí; ya lo se—replicó la gran duquesa, con la voz velada por la pena—; pero yo, que conocí tan de cerca al zarevitch, encuentro una gran semejanza entre él y la psicología del personaje que interpreta Robert Lynen en «El pequeño rey».

El director del cinema ofrecía, un poco turbado también, el frasco de sales inglesas a la gran duquesa Vronskaia Ivanovna.

cés de este film, lleva la intriga a través de una serie de acontecimientos sabiamente encadenados, que no dejan al espectador sospechar el desenlace.

Pero no se crea por ello que la trama misteriosa de la película es lo único que la caracteriza. Toda la acción se desarrolla en el ambiente extraordinariamente típico de Marruecos; Volubilis y sus ruinas, la campaña de Mekinez; Fez, con su misteriosa vida mora; Moulay-Idriss, con sus peregrinos mugrientos con el ritmo obsesivo ante de su música, con sus bailes extraños. Llega a tener tal fuerza el cuadro en que se desarrolla la acción, que hay veces que tiene tanta como la acción misma.

René Lefèvre da vida, con su acostumbrado talento, al personaje central del film. En cuanto a Rosine Derean, no dudamos que su encantadora silueta y su inteligencia triunfarán ante todos los públicos,



Ramón Pereda, Adriana Lamar, Jorge del Moral, Suza Aguila, Daniel Grajeda, Armando Grajeda, Rodolfo García, José de la Vega, Amadeo Arroyo, José Monroy, Fernando Vergara y Manuel Goahonte, artistas que tomarán parte en la filmación de «El vuelo de la muerte»



Una interesantísima escena del gran film «The house of Rothschild», de los Artistas Asociados, en el que toman parte Boris Karloff, Loretta Younk y Robert Young.



Durante la filmación de «Capricho Imperial», cinta de la Paramount en la que Marlene Dietrich interpreta el papel de Catalina de Rusia, el famoso director Von Sternberg quiere cerciorarse de que el enfoque de la cámara es precisamente el que conviene a la toma de la escena

Anna Sten, la gran actriz europea, actualmente en los Estudios americanos →



Reconstruyen con pasmosa fidelidad la galera de la reina Cleopatra

Cecil B. de Mille, el director de películas cuya genial afición a la magnificencia de las decoraciones es notoria tanto en Hollywood como dondequiera que haya un cine, confesaba recientemente haber hallado en las del film «Cleopatra» algo que llena la medida de su deseo.

—Todos tenemos una idea más o menos clara de que la corte egipcia del tiempo de la famosa reina era de las más espléndidas en el mundo— dice Cecil B. de Mille—. Pero es sólo al documentarse un poco acerca de ello cuando queda uno asombrado y deslumbrado. Me parece a mí que, tanto en lo grande como en lo pequeño, el Egipto del siglo anterior a la Era Cristiana, dejó muy atrás a todos los otros pueblos antiguos. ¡Qué grandiosidad la de sus monumentos! ¡Qué exquisitez la de sus trajes y joyas. He de decir francamente que la preparación y la filmación de la película «Cleopatra» me ha hecho pasar una de las épocas más agradables de mi vida. Nada diré de la satisfacción que se experimenta al dirigir a artistas de la afinada sensibilidad de Claudette Colbert, Warren William, Henry Wilcoxon, Joseph Schildkraut, Ian Keith y los demás a quienes toca interpretar los principales personajes de «Cleopatra». Esto, tratándose de artistas de la Paramount, es caso que, sin dejar de ser notable, resulta ya de todos los días. En cambio, sólo muy de cuando en cuando se le presentará a un director, aunque sea tan aficionado como yo a llevar a la pantalla obras de este género, ocasión de trabajar con decoraciones en las cuales, co-

mo en las de esta película, para mí memorable, llegue la realidad a igualarse con la más atrevida imaginación.

Dicho esto, Cecil B. de Mille se exhiba en una verdadera conferencia cuyo tema son las decoraciones que aparecen en diversas escenas de «Cleopatra». De todas ellas, la que más le entusiasma es la que reproduce con pasmosa fidelidad la célebre galera de la Circe del Nilo. Tenía esta nave (y tiene la copia de ella fabricada en los Estudios de la Paramount, de Hollywood) ciento veintidós metros de largo. Para propulsarla empleábanse quinientos remeros, a más de las dos velas de los mástiles de popa y de proa. La casilla del timonel, situada a popa, figuraba una enorme cabeza de elefante e iba cubierta de planchas de oro. Las velas eran de púrpura y los quinientos remos, distribuidos en cinco órdenes, tenían las palas de plata.

La parte central de la galera correspondía a la cámara destinada a banquetes y otras fiestas. Allí aparecía la radiosa Cleopatra, bajo un dosel formado de plumas de avestruz teñidas de diferentes y bien combinados colores. Los lechos para los invitados hallábanse cubiertos de ricas telas. Frente a cada uno de ellos colocábanse las mesillas de oro y plata, adornadas con piedras preciosas. Era frecuente que a una orden de Cleopatra se alfombrara el suelo de rosas, las cuales formaban muelle y fragante tapiz de un medio metro de espesor que llevaba encima, para evitar que las flores se desparatasen, redes de hilos de oro.

«El último amor de Don Juan» se estrenará en el cine más nuevo y moderno de Londres

«El último amor de Don Juan», la más espectacular de las producciones de London Film, cuya estrella es Douglas Fairbanks, es la película escogida para inaugurar el cine más nuevo y moderno de Londres, el London Pavilion, que estará terminado durante el actual mes de agosto.

W. C. Fields

Recuerda con espanto los días malos, cuando no contaba con cama segura. No le preocupa la comida, porque es muy parco en ella y porque no hay para él mal bocado. Juega al golf, pero en forma de solitario. Visita poco, y de tarde en tarde da una comida para sus íntimos; dedica todos los días varias horas a la lectura, siente gran admiración por los inventores, no mucha por los literatos y ninguna por los que juzgan que por escribir son superiores al

resto de los mortales. Cuando trabaja en una película, se preocupa por mejorar los pasajes cómicos del diálogo, lo cual consigue casi siempre. Le encanta pasear en automóvil, y más cuando puede lanzarlo a toda velocidad. Guarda como una reliquia un sombrero de copa y varios objetos que le recuerdan sus tiempos de prestidigitador. No se toma en serio como artista. Le basta con hacer reír al público. Acaba de filmar, para la Paramount, «A la antigua» («The old fashioned way»).

Paul Robeson, actor, cantante y atleta

Paul Robeson, estrella de «Bozambo» (Kongo Raid), la nueva producción London Film que dirige Zoltan Korda, no es solamente un actor y un cantante de fama mundial, sino también un atleta, gozando igualmente bajo este aspecto de fama universal. Entre sus varias hazañas atléticas, podemos mencionar que es un «All American» de fútbol, es decir, un jugador internacional de béisbol.

NOTAS SUELTAS

Josephine Hutchinson tiene el nombre más largo de los artistas de cine. Richard Barthelmess era antes el campeón de los nombres largos.

**

Ivan Lebedeff siempre usa un monóculo con los bordes dentados de manera que se pueda sujetar mejor.

**

Joan Blondell recibió un par de ligas de un admirador esquimal.

Las ligas están todas llenas de amuletos de buena suerte, incluyendo unas miniaturas de ídolos.

El amor que necesitan las mujeres

Hay problemas en la vida corriente que, por ser algo cotidiano, pasan completamente inadvertidos para nosotros, problemas a los que, quizá, no queremos prestar atención, temiendo su profundidad. Generalmente, se prefiere aparentar desconocerlos. Y en cambio ejercen sobre nuestra vida una influencia decisiva que no se puede poner en duda. La felicidad en un matrimonio depende, comúnmente, del conocimiento de estos problemas y del acierto en solucionarlos. Ciertamente se dice que la ignorancia es a veces una felicidad, pero no lo es menos que esta felicidad, en la mayoría de uniones, es únicamente superficial. Porque tanto el hombre como la mujer, callan, temerosos, sus afanes íntimos. Temen entrar a fondo en el problema que les plantean sus almas e incluso en aquellos que pertenecen exclusivamente a un orden físico. Equivocaciones que suelen pagarse caras aun cuando no turben la paz aparente del matrimonio. Otras veces, sin embargo, emergen a flor de piel y provocan no pocas desuniones...

Dentro de esta clase de problemas, innegablemente delicados, indudablemente íntimos e inquietantes, bucea la formidable obra que distribuyen para Cataluña, Aragón y Baleares, Malla Robert, Exclusivas Star Films, que lleva por título «El amor que necesitan las mujeres» y que se halla basada en el discutidísimo libro del profesor Van de Velde «El matrimonio perfecto».

Obra de grandes alcances, de un trascendentalismo insospechado, tratado con delicado y admirable tacto, es una de aquellas películas que obligan, quieras o no, a pensar profundamente.

«El amor que necesitan las mujeres», película maravillosamente interpretada por Olga Tchekowa, Pierre Magnier, Gina Manés, etc., no lleva ninguna interrogación. Porque no hace pregunta sin contestación. Por el contrario, es una contestación rotunda a la pregunta más íntima que se hará cada espectador a la vista de cada problema.

ALREDEDOR DEL MUNDO CON MICKEY MOUSE

Sin duda alguna, Mickey Mouse tiene un mayor número de favoritos admiradores que las demás estrellas en el mundo entero, dice Jack Jamison en «The Rotarian». Parece exagerado decir que tiene más millones de admiradores que Greta Garbo, Marlene Dietrich y Maurice Chevalier, cuando no se ha visto la avalancha de cartas que llegan a Hollywood para el simpático ratón de la pantalla. Han llegado a alcanzar la cifra máxima de ocho mil por semana, lo que representa innegablemente un correo muy voluminoso.

Tan sólo los alegres cerditos de refrecida cola, parecen capaces de disputarle su popularidad a Mickey, pero éste no parece abrigar ningún resentimiento por tener que compartirla con ellos, pues, después de todo, procediendo como proceden del Estudio de Disney, ¿no son hijos de la misma pluma? Además, le consta a Mickey que mucho tiempo después de que se hayan olvidado los escalofríos de miedo producidos por el lobo feroz y las risas provocadas por los tres cerditos, será aún acogido con gritos de deleite dondequiera que grandes y chicos acudan en masa al cinema.

Porque Mickey sabe ganarse los corazones. Su hociquito, sus grandes ojos, sus breves pantalones, son ampliamente conocidos en el mundo entero. Igual que Charlie Chaplin en sus mejores momentos, juega con las simpatías de los espectadores con «la avidez de un muchacho que trata de hacer todo lo que puede». Y en cuanto a aventuras, no hay límite para Mickey. Hace lo imposible con la inocencia de un diablillo. Los demás actores de la pantalla están sujetos por las leyes de la física y mortales posibilidades, pero Mickey no.

Infringe todas las leyes con impunidad, excepto la ley moral, pues es el Galahad de los roedores.

Además, Mickey es siempre el enamorado, para quien el mundo es proverbialmente benévolo. Con juvenil abandono siempre se da tono ante su Minnie, subrayando sus propios éxitos con una sonrisita entre tímida e irónica, cuyo atractivo sólo puede testimoniar la propia Minnie.

No es extraño que Mickey tenga tantos partidarios entre los padres como entre los chicos. En el Japón le apellidan «Miki Kuchi». Los alemanes le llaman cariñosamente «Michael Maus». En Francia es «Michel Souris», y en Italia «Topolino». Los cinefilos suecos le conocen por «Musse Pigg», mientras que en la América Central tiene un lugar en los corazones de todos, jóvenes y viejos, como «El Ratón Miguelito». Mickey Mouse, estadista y filósofo, detenta el ministerio del buen hucor en todas las naciones.

A pesar de que viaja por el mundo entero, el hogar de Mickey es un local de Hollywood que ha costado medio millón de dólares, completamente equipado. Pero esto no es decir «toda la verdad y nada más que la verdad», pues el verdadero hogar de Mickey Mouse es el cerebro de su padre, madre, crítico, consejero y campeón: Walter Disney, conocido por todos, excepto por su madre, como «Walt». Está rodeado de auxiliares, pero de su cabeza salen todas las ideas creativas de las divertidas aventuras de Mickey.

Cuando Walt era niño, su padre, de oficio contratista, trasladó la familia Disney a una granja de Missouri (Estados Unidos), donde Walt vivió cerca de los antecesores de los amigos de Mickey, incluyendo, na-

turalmente, a los rollizos Trés Cerditos. Aquí aprendió a dibujar, y con sus camaradas de colegio se divirtió, llenando los márgenes de los libros de texto de figuras que, al hojear rápidamente aquéllos, se convertían en dibujos animados. Una breve residencia de la familia Disney en Chicago, brindó al muchacho unos pocos meses de instrucción en el Instituto de Arte, pero a los diecisiete años se hallaba en Kansas City. Aquí se incorporó a las filas de los artistas profesionales, dedicándose a hacer dibujos de animales para ser colgados en los escaparates de un barbero de la vecindad, que a cambio de ello le cortaba el pelo gratis.

Después encontró una colocación. Un hombre de teatro, cliente del barbero, le alquiló para dibujar tras de dibujos animados. El joven alquiló entonces por cinco dólares mensuales un cuarto situado sobre un garaje, bautizándolo pomposamente con el título de «Estudio». Experimentó un inesperado placer una noche que dos ratoncitos asomaron irresolutos sus hocicos por los respectivos agujeros. Silenciosamente, Walt les observaba durante sus correrías. Después de semanas de paciente persuasión, logró atraerles hacia su tablero de dibujo, donde se acercaban a comer el queso de su mano.

En la primavera de 1928, Disney, después de haber trabajado unos pocos años dibujando dibujos animados en un Estudio de Hollywood, estaba sin empleo. Para ganarse el sustento se decidió a inventar un personaje completamente nuevo y lanzar por sí mismo la película al mercado.

Al principio, su héroe se llamó Mortimer Mouse, pero pronto se convirtió en Mickey. Los dos rollos primeramente hechos, fueron ofrecidos a los Estudios de Hollywood. No interesaron a nadie. Los productores se divirtieron con ellos, creyeron que quizá divertirían también al público, pero no querían simplemente arriesgar dinero en una aventura. Al advenimiento de los films parlantes, los «talkies», Disney corrió a añadir el sonido a sus películas y obtuvo así un contrato. En septiembre de 1928, Mickey efectuó su debut en un pequeño teatro de Manhattan (Nueva York). Una semana después, llenaba el espacioso Roxy. Era ya un ratón célebre.

Esto fué hace unos cinco años. Hoy sería difícil decir si Disney es el amo de Mickey o Mickey el de Disney. Aunque Walt es un entusiasta del golf, come, respira y sueña con Mickey Mouse. Su modo de celebrar una fiesta en grande consiste en irse a un parque zoológico, con una cámara cinematográfica de ocho milímetros, y si ha capturado un nuevo gesto o una nueva pose para añadir al caprichoso encanto de una «Silly Symphony».

LOS BESOS DE MAE WEST RESULTAN ESCANDALOSOS

Los besos de Mae West resultan escandalosos para los encargados de captar imágenes y el sonido de las producciones que filma para la Paramount la tempestuosa rubia, rival de la Venus de Milo en cuanto a las proporcionadas líneas de su cuerpo, y que no reconoce rival entre las estrellas de cine por lo que hace a popularidad.

Durante la toma de las escenas de «No es pecado», los encargados de los micrófonos estuvieron acordes en decir que la voz de Mae West registraba admirablemente, pero que era cosa de echarse a temblar todas y cada una de las veces que la actriz

tenía que besar a Roger Pryor, el galán de la obra.

Parece ser que los besos resultaban un tanto explosivos al quedar registrados en la banda de celuloide.

Advertida del caso, Mae West prometió que besaría menos ruidosamente. Pero, en vista de que a pesar de su buen propósito, la fuerza de la costumbre la hacía volver de continuo a las andadas, no quedó al fin más remedio que dejarla que besara como quisiera y acudir a atenuar la explosión osculatoria colocando en lugar aparente del micrófono un pedazo de tela de seda.



La nueva pareja cinematográfica Joan CrawfordClark Gable, en un breve descanso durante la filmación de su última cinta para la M. G. M.



Esta escena pertenece al nuevo film de la Ufa, «La princesa de la Czarda», una de las mejores cintas que verá el público durante la próxima temporada, y que tiene como intérprete principal a la famosa artista Marta Eggert.